

Parque Nacional San Guillermo

La leyenda del viento

Oche Califa



Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos

La leyenda del viento

Oche Califa

Los guanacos y las vicuñas rieron. Era un grupo no muy numeroso que se había reunido en un llano de San Guillermo, rodeado de montañas altísimas. No es habitual que las dos especies se junten, pero aquí sí lo es.

La risa hizo acercar a un suri o ñandú cordillerano, que preguntó:

—¿Se puede saber qué es tan gracioso?

Un guanaco dijo por lo bajo: “Miren los ojos de curioso que tiene el suri”; pero una vicuña le contestó:

—Ayer un gato andino quiso atrapar una lagartija, pero se quedó con la cola, nomás.

Todos volvieron a reír. Sí, la muy hábil lagartija, hostigada y en peligro, había soltado la cola, que le volvería a

“La leyenda del viento”, de Oche Califa

Ilustraciones: Diego Florio

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2007



crecer, y disparó. ¡Bien que hizo!

A la reunión se unieron un zorro colorado, siempre dispuesto a burlarse de los demás, y un carancho o matamico, que bajó de un cerro. Al rato llegaron otros animales.

El viento corría fuerte en el llano y en su atropellada sólo se llevaba por delante algunas piedras, cactus y la fornida yareta, planta tan dura como una roca. No había hombres a la vista. No los había generalmente, aunque la región fue en otro tiempo dominio de los incas, que atrapaban las vicuñas para hacer con sus pelos finas ropas. También obtenían plomo de la montaña, cosa que hoy en día también se hace. De todos modos, siempre hay poca gente por aquí.

La reunión seguía animada, porque, como suele suceder, un cuento trae otro. Sobre todo cuando en el grupo hay algunos charlatanes, como el guanaco que dijo:

—¿Saben que los otros días un cóndor bajó al llano y después no podía remontar?

Los demás escucharon y algunos asintieron, porque sabían que eso le podía ocurrir al cóndor.

—Anduvo a las corridas y los revoloteos un buen rato... —siguió el guanaco. El zorro sonrió gustoso y buscó la complicidad, con la mirada, de otros animales chicos que también odiaban, y además temían, al cóndor.

—Al fin se subió dando saltitos a unas piedras y de allí logró levantar vuelo.

El carancho dijo:

—Son las desventajas de ser tan grandote. ¡Grandote al cuete!

Varios soltaron la risa por la expresión. Si hubiese sido una ronda de gauchos, y no de animales, andaría dando vueltas el mate y, tal vez, la guitarra. Pero los animales no matean ni saben tocar instrumentos. Eso sí, algunos cantan muy lindo, como los jilgueros que viven, numerosos, por aquí.

Pero regresemos a escuchar qué otras cosas cuentan:

—Me contó vez pasada



un jilguero –justamente nombró a este pájaro una vicuña– que junto al arroyo que baja más allá han crecido las margaritas como nunca...

El comentario no obtuvo mayor respuesta porque a todos les interesaban historias que tuvieran alguna emoción o una picardía. Para ello, nada mejor que el zorro, que dijo:

–Un día corrí a un chinchillón por ahí, cerca del arroyo. El muy ladino me tuvo de acá para allá un rato largo, metiéndose entre las piedras, volviéndome loco con sus carreritas ligeras.

A muchos no les gustó lo dicho, porque sabían que el ladino, en realidad, era el zorro y no el pobre chinchillón perseguido. Un guanaco preguntó:

–¿Y cómo terminó la corrida?

–Mal para mí. ¡Me clavé unas espinas que todavía, cuando me acuerdo, me duelen!

Eso sí fue feliz para varios de los que escuchaban, que sonrieron, satisfechos. A nadie le gusta escuchar historias donde triunfan los malos, y los pobres que sufren no obtienen más que dolor e injusticia. Aunque esas historias existen. La que comenzó a contar una vicuña era una de esas:

–Hace muchos años –dijo– un indio joven se enamoró de una indiecita. Pero ella era princesa y él no podría convencer a los padres de que lo aceptaran como novio. Así y todo, la princesa lo quiso en secreto. Entonces se encontraban al caer la tarde detrás de unas montañas y charlaban y soñaban con poder un día casarse y tener hijos. El indiecito sabía tocar la quena muy bien e inventaba melodías muy





lindas. Lamentablemente, llegó un día en que los padres anunciaron que casarían a la hija con un príncipe de más al norte para que, de esa manera, una sola familia fuera dueña y señora de la región.

—¡No hay felicidad para el pobre! —exclamó el carancho.

—Exacto. Y el hecho finalmente se produjo. Aunque un día antes de tener que partir la princesa a conocer su futuro esposo, se reunió con el indiecito y le dijo que ella sólo iba a quererlo a él en su vida, y que no lo olvidaría jamás...

—¡Hubiesen huido juntos! —propuso un guanaco.

—Imposible —dijo la vicuña—. Una india vieja le seguía siempre los pasos a la princesa y, aunque la dejaba que se viera con el indio pobre, jamás hubiese permitido que se escapara, porque si no ella ligaría una tunda de palos.

—¿Y qué pasó, entonces? —preguntó el zorro.

—La princesa se fue. Iba custodiada por un grupo de indios armados. Desde lo alto de un cerro, el indiecito la vio partir, sacó la quena que llevaba bajo el

poncho y tocó una melodía bellísima, para que ella lo escuchara. Después...

—¡Qué importa del después! —dijo el suri, con los ojos nublados por la emoción.

—Cierto. Pero la cosa es que el indiecito subió a las más altas montañas, que están siempre nevadas, y allí se perdió para siempre. Aunque, eso sí, no ha muerto.

—¿No? —preguntaron varios animales, muy admirados.

—No. Ustedes han oído que a veces el viento trae una música, ¿no es cierto? Un lamento triste. Bueno, es música de la quena dolida del indiecito, que ahora es un viejo que se niega a morir, como antes se negó a tener otra oportunidad de ser feliz en la vida.

Todos quedaron impresionados con el relato. Y como era tarde, uno a uno los animales buscaron su refugio para pasar la noche. También se fue el viento... como quien llora.



CON UN ABRIGO COMO ESTE, NO HAY FRÍO QUE MOLESTE

La lana de la vicuña es una de las más finas del mundo, situación que convierte a este camélido americano en un valioso recurso natural.



EL PARQUE



Por su relativo aislamiento, el **Parque Nacional San Guillermo** es uno de los pocos lugares en los que se mantiene la naturaleza prácticamente inalterada.

DATOS ÚTILES

Creación: 13 de enero de 1999, por decreto 25.077.

Ubicación: al norte de la provincia de San Juan.

Superficie: 147.830 ha.

Clima: frío y seco.

¿Qué protege?: un sector representativo de Puna y Altos Andes, con Monte de Sierras y Bolsones. Se concentra en este parque la mayor población de vicuñas del país, con uno 17.000 ejemplares.

Origen del nombre: se debe a los llanos de San Guillermo, incluidos en el parque.

Localidades cercanas:
Rodeo (150 km)
Angualasto (130 km)

- La vicuña vive en estepas áridas por arriba de los 3000 metros de altura.

- Forma pequeños grupos de hembras y un macho. Los machos jóvenes viven en grupos separados de los anteriores.

- Come pastos y arbustos de hojas duras.

- Las dos capas de lana que posee, la protegen del frío intenso.



- Para los incas, su lana tenía un valor similar al del oro. Con ella hacían tejidos de gran calidad.

- Al arribo de los europeos comenzó su caza descontrolada, que la llevó al borde de la extinción.

Aunque todavía está en peligro, las medidas de conservación adoptadas están logrando que el número de vicuñas en el país esté aumentando lentamente.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología
Lic. Daniel Filmus

Jefe de la Unidad de Programas Especiales
Prof. Ignacio Hernaiz

Coordinadora de la Campaña Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Equipo de Campaña Nacional de Lectura
Diseño Gráfico: Micaela Bueno, Juan Salvador de Tullio,
Mariana Monteserin y Paula Salvatierra.
Comunicación: Leticia Zattara. Secretario: Gastón Havandjian.
Administración: Alejandra Arnau, Bruno Rosenberg, Ignacio Infantino.

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel: (011) 4129-1075 / campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

ADMINISTRACIÓN DE PARQUES NACIONALES

Directorio

Ing. Agr. Héctor Espina (Presidente); Juan Carlos Garitano (Vicepresidente);
Dra. Patricia Gandini (Vocal); Raul Chiesa (Vocal); Lic. Cristina Armata (Vocal)

Director Nacional de Conservación de Áreas Protegidas
Lic. Roberto Molinari

Directora de Interpretación y Extensión Ambiental
Florencia Lance

Equipo de trabajo para la Campaña: Pablo Reggio, María Eugenia Nalé,
Cristian Blanco, Gisela Jaure, Mariana Altamiranda y Alicia Liva.

Alsina 1418 6° piso (1188) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: (011) 4381-8606 / educacion@apn.gov.ar - www.parquesnacionales.gov.ar

RED DE LECTORES

Si querés conectarte con los chicos de las escuelas cercanas al Parque Nacional San Guillermo podés hacerlo escribiéndoles a Federico Cantón s/n°. La Colonia Rodeo. Departamento Iglesias. (C. P. 5465). Provincia de San Juan.
Por correo electrónico a sanguillermo@apn.gov.ar



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Campaña Nacional de Lectura

